

STRANGER THINGS ROBIN, LA REBELDE

A. R. CAPETTA

GRANTRAVESÍA



Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas (vivas o muertas), acontecimientos o lugares reales es mera coincidencia.

STRANGER THINGS: ROBIN, LA REBELDE

Título original: Stranger Things: Rebel Robin

Texto © 2021, Netflix Inc. Todos los derechos reservados.

Publicado según acuerdo con Random House Children's Books, una división de Penguin Random House, LLC, New York

Traducción: Marcelo Andrés Manuel Bellon

Imágenes de portada e interiores usadas bajo licencia de Shutterstock.com

Portada: © 2021, Netflix Inc. Imagen de portada: Ian Keltie

D.R. © 2021, Editorial Océano, S.L. Milanesat 21-23, Edificio Océano 08017 Barcelona, España www.oceano.com www.grantravesia.es

D.R. © 2021, Editorial Océano de México, S.A. de C.V. Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México www.oceano.mx www.grantravesia.com

Primera edición: 2021

ISBN: 978-84-122940-9-5 Depósito legal: B 14962-2021

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. ¿Necesitas reproducir una parte de esta obra? Solicita el permiso en www.cedro.org.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9005540010921





PRÓLOGO

8 DE JUNIO DE 1984

Orro tan rápido que los casilleros se vuelven una mancha borrosa. Las puntadas en mi vestido alterado abruptamente saltan cuando paso junto a las parejas que han salido de la fiesta para besarse en el oscuro pasillo de los estudiantes de último año. Sus caricias adolescentes por lo general serían razón suficiente para hacerme dar media vuelta y buscar una ruta alternativa, pero en este momento es sólo un asqueroso ruido de fondo.

Me siento dentro de una pesadilla que hubiera tenido miles de veces, corriendo por los pasillos del Instituto Hawkins. Pero ni siquiera en los escenarios de mis sueños más extremos había tenido nunca el pelo tan corto. Jamás había usado tanto maquillaje. Y la noche del baile de graduación *nunca* había sido arrojada a esa mezcla por mi subconsciente.

Estoy casi al final del pasillo de los estudiantes de último año. Ya no hay vuelta atrás. Me dirijo al vientre de la bestia del instituto, lo cual es la parte más extraña, porque en mis sueños siempre intento escapar de este lugar. Nunca, nunca *entraría* voluntariamente.

—¡Alto ahí, señorita Buckley! —grita una voz que suena nasal, quejumbrosa, mezquina y adulta. Una de las enfurecidas madres carabinas.







—¡Eh! ¡Regresa aquí! ¡Ahora! —esa orden con voz áspera definitivamente es del alguacil Hopper.

No se puede hablar des una verdadera rebelión a menos que tengas problemas con la autoridad, ¿verdad?

Me pregunto en cuántos problemas me podré haber metido por colarme en la fiesta de graduación y causar algunos daños moderados a la propiedad durante el proceso. ¿Suspensión? ¿Expulsión? ¿Los airados padres de los estudiantes del Instituto Hawkins presentarán cargos por lo que acabo de hacer en el estacionamiento?

Corro más rápido.

Doy la vuelta a la esquina y paso junto a los puestos de comida que bordean el pasillo fuera del gimnasio. Alrededor de una docena de personas charlan entre sí, pastan como vacas frente a las bandejas de galletas y patatas fritas, e intentan averiguar exactamente lo cargado que está el ponche.

—¡Robin! —el sonido de mi nombre resuena por el pasillo. Dash es el que lo grita ahora. Dash, quien yo creía que era mi amigo.

Necesito frenarlos a él y a todos mis detractores. Así que doy un *diminuto* rodeo y me arrojo hacia la mesa que contiene alrededor de trescientos litros de ponche (a juzgar por el olor, tan penetrante). Se desborda en cascada y salto hacia delante, evitando la peor parte mientras todos los demás gritan y observan cómo sus vestidos de graduación quedan cubiertos de la pegajosa azúcar química.

Las grandes puertas dobles del gimnasio están a la vista ahora. Desde el interior, puedo escuchar el tenaz ritmo de un éxito New Wave. ¿Tammy Thompson ya está bailando? ¿Qué pensará cuando me vea irrumpir, salvaje e imprudente, perseguida por la policía local?



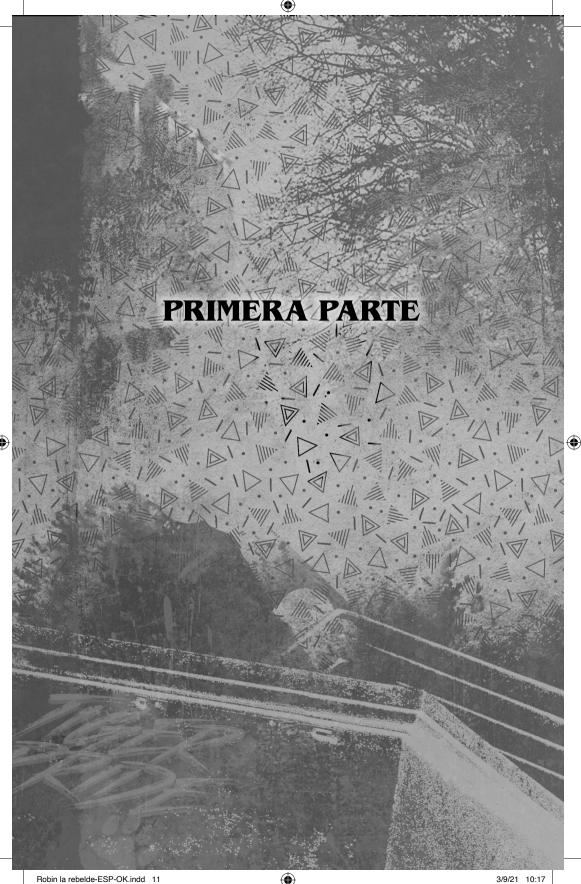
¿Qué dirá cuando le confiese lo que siento? No hay tiempo para hipótesis.

Empujo las puertas dobles. El baile de graduación me recibe con los sintetizadores salvajes y el olor a sudor y a Aqua-Net.

—Eh, Tam —digo en un susurro, practicando para el gran momento de aterradora honestidad, cuando le haga saber cómo me he sentido durante todo el año y, al hacerlo, lleve al mismo tiempo esta rebelión a un grado superior—, ¿quieres bailar?







CAPÍTULO UNO

6 DE SEPTIEMBRE DE 1983

a primera clase de Historia del año ni siquiera ha comenzado, pero ya sé exactamente cómo se desarrollará, minuto a minuto, clase a clase. Tengo todo el año académico identificado. Lo juro, al menos, hasta que Tammy Thompson entra.

Algo en ella es diferente.

Quizá sea su pelo. Solía llevarlo lacio y rojo. Ahora está corto, despeinado y más encendido. Podría ser su sonrisa. En el primer año, ella era semipopular y al menos parecía sentirse semibién con eso, pero ahora que somos estudiantes de segundo año, mantiene una sonrisa que dice que está decidida a ganar amigos e influir en las elecciones de la reina del baile de graduación. (No es que podamos ir al baile siendo estudiantes de segundo año, a menos que un estudiante del último nos invite, un acontecimiento tan raro y especial que la gente en esta escuela hablaría de él como si se tratara de un avistamiento de meteoritos.)

Tal vez sea el hecho de que cuando la veo, la música se infiltra en mi cerebro.

Música suave y desagradable.

Espera. Mi cerebro nunca reproduciría Hall and Oates. Me giro en mi silla y comprendo que Ned Wright está en



la parte de atrás del aula, con una radiograbadora portátil en el hombro. Le baja el volumen para que la señora Click—que se encuentra sentada frente a su escritorio, ignorándonos como toda una profesional y actuando como si no existiéramos hasta que suene la campana— no la confisque. Cuando comience la clase, la deslizará debajo de su escritorio y la usará como reposapiés. (Ha estado haciendo esto desde segundo de E.S.O. También es un profesional.) Por ahora, Tammy Thompson pasea por el aula en una nube de "Kiss on My List" y con... algo con aroma a frambuesa. ¿Perfume? ¿Champú? Sea lo que sea, me recuerda a las calcomanías que desprenden olor cuando las rascas, y que coleccionaba con absoluto fervor cuando estaba en secundaria.

Se desliza en un asiento y sus amigas la saludan con vibraciones chillonas.

- —Oh, Dios mío, tu pelo.
- —¿Qué tal en la playa, Tam?

¿Tam?

Tal vez ésa sea la diferencia: tiene un nuevo apodo que combina con su nuevo corte de cabello y sus capacidades mejoradas para sonreír.

—Tam —susurro, lo suficientemente bajo para que nadie pueda oírme sobre el alboroto de qué-tal-tu-verano.

La señora Click levanta la mirada. Una mirada siniestra.

Sólo queda un minuto para que comience la clase. Si yo fuera una típica friki, como pretendo ser, tendría ya una pila de hojas en blanco, impecables e inmaculadas, listas para usar. Ya habría adelantado algunos capítulos de la lectura, para empezar. Todos mis lápices tendrían puntas perfectas, idénticas, aptas para ser usados como armas.



14



Tal como están las cosas, me sumerjo en mi mochila en el último minuto y hurgo en busca de mi libro de texto de Historia y cualquier cosa que deje una marca en el papel. Hay un cementerio de goma de mascar en la parte de abajo de mi escritorio. Y la permanente de la que dejé que Kate me convenciera justo al final del verano —la que hizo que mi cuero cabelludo hormigueara durante una semana y que todavía hace que mi cabeza huela perpetuamente a huevos recocidos— significa que mi pelo está demasiado esponjado como para que deba tener especial cuidado con el espacio libre que dejo.

Casi estrello mi cabeza contra la parte de abajo del escritorio cuando la escucho que ha comenzado a cantar.

La voz de Tammy se eleva sobre la de... ¿Hall? ¿Oates? Es audaz y dulce y, sí, usa el *vibrato* tan generosamente como yo la mantequilla de cacahuete en mis sándwiches, pero la cuestión es que no teme hacerlo. Todos pueden escucharla. Vuelvo de la inmersión profunda en mi mochila y miro a nuestros compañeros de clase, pero a nadie parece importarle que Tam esté cantando ahora con toda su alma en medio del aula, a sólo treinta segundos de que comience la clase. Y a ella no parece importarle que alguien la mire.

¿Qué sentirá al hacer eso?

Giro mi lápiz, sintiendo cada uno de los seis bordes en mi dedo.

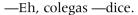
Y entonces suena la campana, la señora Click se levanta y todo vuelve a su lugar, exactamente como pensé que sería.

Incluso cuando Steve Harrington llega tres minutos y medio tarde, con aspecto de estar perdido, quizá porque al llevar el pelo sobre sus ojos no podía ver los números de los salones de clase. ¿Cómo logra llegar a cualquier parte con ese cabello? Parece incluso más largo que el año pasado.





15



Todo el mundo ríe como cuando el público se carcajea ante la frase típica no particularmente divertida del personaje principal en un programa cómico de televisión. Saben que no tienen que hacer eso en la vida real, ¿verdad? Incluso la señora Click le sonríe como si ese pelo suyo pudiera curar el cáncer. Ha alcanzado un nivel de popularidad extremo y enrarecido, en el que ni siquiera los profesores pueden tocarte porque eres demasiado valioso socialmente.

Steve se sienta en el escritorio junto a Tam.

Ella se pone del color de una frambuesa fresca.

Todo esto es tan ridículo que mi cerebro falla, mis dedos dejan de funcionar y mi lápiz cae al suelo de linóleo con un fuerte traqueteo. Me inclino para recogerlo, pero está fuera de mi alcance. Me agacho más y me estiro, pero no consigo alcanzarlo. Cuando por fin lo tengo, me siento tan triunfante que me levanto demasiado rápido y golpeo mi cabeza contra la parte de abajo del escritorio. También conocida como el cementerio de goma de mascar. Mi cabeza pega con fuerza y mi permanente toca una docena de chicles viejos a la vez. Están tan duros que no se me pegan.

Lo cual es bueno. Y horripilante también.

- —Robin, ¿necesitas ir a la enfermería? —la señora Click me pregunta con una mirada de lástima mientras reaparezco en la superficie. Su preocupación es conmovedora.
- —A menos que la enfermera tenga una máquina del tiempo que me haga retroceder exactamente una hora de clase, no.
- —De acuerdo, entonces —dice y comienza su monólogo de la primera clase del año.

Al menos la atención de mis compañeros hacia mí no



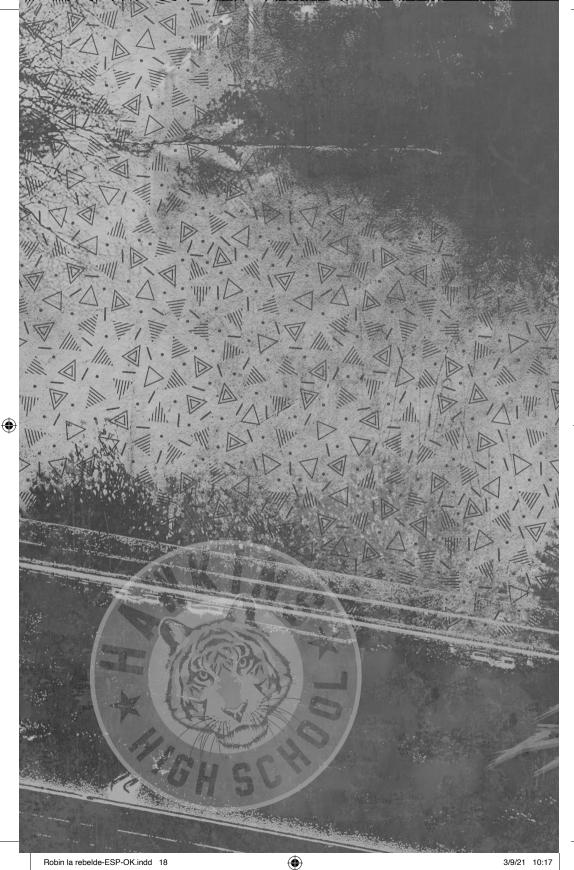
(

dura mucho. Y Tam ni siquiera parece haber percibido mi desgracia. (No es que yo hubiera querido que lo hiciera.) Pero me molesta, sólo un poquito, que la razón por la que *no* se fije en mí sea que está demasiado ocupada tarareando "*Kiss on My List*" mientras mira fijamente a Steve Harrington.









•

CAPÍTULO DOS

7 DE SEPTIEMBRE DE 1983

uería repasar todo mi horario antes de declarar esto abiertamente, pero la verdad es que no estoy impresionada con el segundo año.

—Es como si todos los profesores se hubieran rendido
—digo—. Como si colectivamente hubieran decidido que este
año constituye la zona muerta de nuestra educación.

Yo soy una de esas personas raras a las que les gusta *aprender* mientras están en el instituto. O al menos, lo era. Ahora que tengo la sensación escalofriante, fría y cínica de que ninguno de nuestros profesores quiere estar aquí en realidad, es cada vez más difícil preocuparme por ello todo el tiempo.

Milton, Kate y Dash están en el instituto en plan intenso de alto rendimiento, así que participan en todo. Al comienzo del primer ensayo con la banda, cuando sugiero que el segundo año en realidad ni siquiera cuenta, parecen desconcertados. Milton jadea incluso.

Kate frunce el ceño y se mueve a través de sus listas de música y de ensayos (aunque no lo necesita, porque ha memorizado todo durante meses). Es más baja que yo, bueno, la mayoría de las chicas de nuestro curso lo son, así que no estoy segura de que ésa sea una descripción útil. Kate mide



sólo metro y medio, y ni un centímetro más, aunque le gusta decir que su permanente le suma al menos cinco centímetros.

—Si a nuestros profesores no les importa nuestra educación, tendremos que preocuparnos y esforzarnos el doble.

Ésa es Kate. Ella lucha por todo, incluso por abrirse camino hasta ser la primera trompeta de la sección como estudiante de segundo año.

—Todos estamos llegando al punto en el que somos prácticamente más inteligentes que nuestros profesores, de cualquier forma —agrega Dash con una sonrisa.

Dash no estudia tanto como Kate. Dash, la abreviatura de Dashiell James Montague, Jr., se sienta en la primera fila en cada clase, pero no toma apuntes porque afirma que lo retiene todo. Luego, evita ducharse el día del examen, saca todo de su cabeza y saca matrícula de honor. Él dice que le encanta aprender, pero que sólo tiene ojos para su promedio general. Además, no parece comprender que omitir su ducha el día del examen desconcierta a todos en un radio de tres metros, lo cual no es realmente justo para las personas que lo rodean y que intentan escribir redacciones coherentes de cinco párrafos.

Ya conoces el tipo de chico.

- —Hablando en serio, creo que los cuatro somos más inteligentes que el noventa por ciento de los profesores de esta escuela —afirma Dash.
- —Pues no eres lo suficientemente inteligente para comprender que puedo oírte —declara la señorita Genovese sin levantar la vista de su partitura.
 - —Tiene tan buen oído que asusta —susurra Milton.
- —Sí, lo tengo —asiente la señorita Genovese—. Por eso soy la profesora de la banda. También puedo escuchar cada





nota incorrecta que tocáis —le anuncia al grupo en general—. Y eso me duele. Vuestros chirridos agudos atormentan mis sueños.

Ella se acerca a ayudar a Ryan Miller en la sección de percusión y Dash agita la mano para indicar que nos acerquemos. Olfateo con cautela. Su pelo castaño parece limpio y desprende un aroma a jabón de pino. No hay exámenes inminentes. Acerco mi silla.

- —Los profesores dan miedo en general —susurra—. No creo que estén aquí para enseñarnos. Creo que están aquí para alimentarse de nuestro potencial innato.
- —¿Como vampiros? —pregunta Milton. Se lo está tomando demasiado en serio. Pero Milton es muy, muy serio. Y nervioso. Me preocuparía por él, pero él ya se preocupa tanto que tal vez sería redundante.
- —Piénsalo. En realidad, no son tan brillantes, se mueven con lentitud por los pasillos, necesitan nuestro cerebro para sobrevivir. Claramente son zombis.

Milton y yo gemimos. Kate suelta una risita nerviosa.

Dash vive en una película de terror desde quinto de Primaria, cuando comprendió que eso lo diferenciaba de los niños que todavía dormían con las luces encendidas. La alegre sensación de superioridad nunca se desvaneció del todo. Si come carne fresca, bebe sangre o acecha en las sombras, Dash se apunta. Este año vimos *Posesión infernal* en verano. Un montón de veces. Le regalaron un reproductor de vídeo para su último cumpleaños —sí, su *propio* reproductor de vídeo, lo cual es ridículo incluso para los estándares de la gente rica—, y estuvo invitando a todo el mundo a sus fiestas de cine, pero sin importar de qué película se jactara tener, siempre terminábamos viendo *Posesión infernal*.





Dejé de ir en algún momento de agosto, fingiendo que mis padres me necesitaban para ayudar más en casa. La verdad era que no podía soportar ver a Kate y Dash acercándose cada vez más el uno a la otra en el sofá, actuando todo el tiempo como si no notaran que sus muslos estaban en trayectoria de colisión.

Eso es otra cosa sobre el segundo año.

En la secundaria, sólo se hablaba de los enamoramientos en el autobús y durante las fiestas de pijama, y las citas eran una novedad. En el primer año de instituto, las relaciones se volvieron inevitables. Este año, las cosas se han acelerado hasta convertirse en un absoluto frenesí. Llevamos menos de una semana y ya ha habido una gran cantidad de besos en el pasillo, rupturas dramáticas y declaraciones de amor eterno. La situación es más intensa en la banda de música porque comenzamos los ensayos desde mediados del verano.

Observo rápidamente la habitación. Al menos la mitad de las chicas en el aula de la banda llevan colgantes con los nombres de sus novios, que también están en la banda. (Los frikis de la banda salen con las frikis de la banda: es la ley del lugar.) Cuando una pareja lo hace oficial, el chico le da a la chica una pulsera de oro para el tobillo, con los dos nombres grabados en un dije de oro. Sin embargo, la mayoría de las chicas cree que así nadie más podrá ver la evidencia de la devoción de sus novios, por lo que compran cadenas de oro más largas y cuelgan la placa con los nombres alrededor de sus cuellos.

He estado esperando el día en que Dash por fin le entregue una a Kate. (En realidad, Kate ha estado esperando ese día y yo he estado esperando sólo por proximidad.) Incluso ahora, en este momento, Kate y Dash se están lanzando miraditas en una especie de código Morse.





Pestañas de Dash: Vamos a besuquearnos más tarde.

Pestañas de Kate: ¡Quizá!

Pestañas de Dash: ¡¿En serio?!

Pestañas de Kate: Ya te he dicho que quizá. Soy la primera trompeta y el ensayo está a punto de comenzar, me estás distrayendo.

Pestañas de Dash: Es que eres tan guapa.

Pestañas de Kate: ¡¿En serio?!

No sé cuánto más de esto podré tolerar.

De lo único que Kate quiere hablar ahora es de chicos en general y de Dash en particular. Ya es bastante malo cuando chicas populares como Tammy Thompson pierden por completo la noción de su propio cerebro por montones desventurados de cabello, como Steve Harrington.

Lo cual me devuelve a la conversación zombi.

—Si nuestros profesores son muertos vivientes, también están desnutridos. ¿Habéis notado lo hambrientos que parecen? Nuestros cerebros no les están dando mucho sustento. Quizá no seamos tan inteligentes como pensamos. Tal vez sea porque de pronto todo el mundo está demasiado obsesionado con esas cosas de las citas.

Una indirecta. ¿Lo entiendes?

Kate se limita a soltar otra risita nerviosa y se vuelve hacia su trompeta, practicando sus movimientos de dedos para una de las muchas marchas de John Philip Sousa que la señorita Genovese siempre está imponiéndonos.

La he asustado, pero no me siento mejor al respecto.

—De acuerdo —dice la señorita Genovese—. ¡Es hora de poner en orden vuestras secciones para la temporada 1983 de la banda! Tenéis tres minutos para elegir vuestro nombre y ni un segundo más. Por favor, no me preguntéis cuánto tiempo ha pasado. Hay un reloj encima de la puerta.





Se comienzan a apiñar grupos de cuatro, excepto el nuestro, que ya está reunido. Soy el único corno francés en la banda de música. Bueno, técnicamente sólo toco el corno francés en los conciertos de la banda. En las marchas toco un melófono, que se toca exactamente de la misma manera, pero es un poco aplanado en lugar de redondo, por lo que puedo cargar con él hasta el fin de los tiempos. En el primer año, la señorita Genovese me incorporó a una sección con tres trompetistas, lo cual tiene sentido, supongo, porque el melófono parece una trompeta con garabatos extra en la sección central. Desde ese momento, los cuatro nos hemos fusionado también socialmente. A Kate le gusta decir que somos un átomo, porque ése es el tipo de metáforas tiernamente frikis que le encantan.

Pero la verdad es que, incluso con todo el tiempo que hemos pasado juntos en el aula de la banda y en el campo, en el autobús y en los partidos, yo no estoy tan fusionada como el resto del grupo. En algún nivel —el subatómico, supongo—, tengo la sensación de que no encajo del todo con la mayoría de los chicos de la banda. Que no importa cuánto tiempo pase con ellos, nunca seré una de ellos. Y eso puede ser aterrador porque, en el Instituto Hawkins, destacar es prácticamente una sentencia de muerte, a menos que seas popular.

- —De acuerdo —dice Dash, trayéndome de regreso al presente—. El nombre para la sección de segundo año. Vamos.
- —Seremos el Escuadrón Peculiar de nuevo, ¿verdad? —pregunta Milton—. Ya lo votamos el año pasado. Creo que deberíamos mantenerlo, por la continuidad, y también porque inventar un nuevo nombre sería un calvario.

Milton es el único de nuestro grupo que ya está en Bachillerato, y aunque su naturaleza tranquila y nerviosa le impide



actuar como el líder de facto, Kate y Dash tienden a escucharlo cuando habla así.

- —¡Me encanta Escuadrón Peculiar! —dice Kate.
- —Se queda Escuadrón Peculiar —agrega Dash.

Asiento. No es que estuvieran esperando mi voto.

Pasamos los siguientes dos minutos en silencio. Kate y Dash han pasado de coquetear con los ojos a coquetear con los tobillos. (He visto los pies de Dash: asquerosos.) Me concentro en prepararme para tocar en el primer ensayo oficial del año. Ya he memorizado las piezas, pero eso es sólo la mitad de la batalla con mi instrumento. Seré honesta: es un asesinato en comparación con la mayoría de los instrumentos de esta aula. Es un elaborado artilugio de tubos de metal que parece existir sólo para emitir un chirrido en el momento equivocado. Lo elegí en primaria porque nadie más quería tocarlo. No es que me arrepienta de mi elección, pero desearía que alguien me hubiera advertido sobre el tiempo que pasaría vaciando la válvula de saliva.

Hemos decidido el nombre de nuestro escuadrón demasiado rápido. Aún nos quedan dos minutos. Dos minutos de nada. Ahora, gracias al pequeño recordatorio de la señorita Genovese sobre la existencia del reloj, parece que lo único que puedo hacer es escucharlo. Es uno de esos relojes grandes y redondos, blanco y negro, con un segundero que hace clic de forma audible mientras tu vida pasa.

Clic. Clic. Clic.

Tres segundos más que se van.

Veo a la señorita Genovese observando fijamente la puerta de salida, en la parte de atrás. La he visto correr hacia el final del estacionamiento de profesores en el instante mismo en que terminan las clases para encender uno de sus amados







cigarrillos mentolados. He olido el humo que se pega obstinadamente a su cabello después del almuerzo. Sale ahora del aula como si el fuego estuviera pisándole los talones, con el tiempo justo para fumarse uno rápidamente.

Nuestros profesores no quieren estar aquí. Mis compañeros de clase sólo están interesados en frotarse unos contra otros. Se supone que debo soportar tres años más de esto, ¿cómo?

Justo cuando estoy pensando en levantarme y salir por la puerta, Sheena Rollins, que toca el oboe, hace justo eso. O al menos, lo intenta. Cuando se está acercando, uno de los idiotas de la sección de percusiones se interpone en su camino.

Si a mí me preocupa el hecho de que no encajo del todo, Sheena Rollins es el epítome del no encajar, pero de manera agresiva. Se sienta en el aula delante de mí, por lo que siento como si hubiera tenido un asiento de primera fila para presenciar el bullying que año tras año se incrementa, a medida que ella se vuelve abiertamente cada vez más extraña. Su guardarropa es parte de ello. Viste de blanco de la cabeza a los pies: a veces es un mono blanco y una diadema blanca; otras veces, una minifalda blanca ancha y una camisa holgada extragrande. Nada de esto sigue el código no hablado de lo que se ponen los demás. Y la mayoría de las veces, parece que la misma Sheena ha cosido al menos parte de su ropa. (Otro punto de bullying para mis compañeros, obsesionados con las marcas.) Hoy lleva un vestido blanco estilo años cincuenta con pequeños lunares negros y una diadema blanca de tela.

—Eh, Sheena —dice alguien—, ¿qué crees que estás haciendo? La profe no está aquí para dar pases. Vuelve a sentar tu trasero de lunares en tu silla.

Sheena aprieta la boca, pero no responde. Ni una palabra.





Aquí está la otra cosa sobre Sheena Rollins: la recuerdo de la escuela primaria, cuando era una niña de voz suave, pero no la he escuchado decir una sola palabra desde primero de E.S.O. Incluso toca el oboe tan bajo que la señorita Genovese todo el tiempo le está diciendo "sopla más fuerte". (Lo cual no ayuda exactamente cuando se trata de bromas vulgares.)

—¿Adónde vas? —pregunta Craig Whitestone, con una sonrisita asquerosa como un pastel de carne de la cafetería.

Sheena se encoge de hombros.

- —Ella está mintiendo —interviene Dash.
- —Dash —le susurro mientras dirijo mi codo a su costado, pero fallo y lo estrello dolorosamente con su trompeta.
- —Se pasa todo el tiempo en el baño —me informa Kate, como si eso hiciera que estuviera bien que sus compañeros de la banda la vigilaran con ánimo de policías.
 - —¿Y? —pregunto—. ¿A quién le importa?
- —Los chicos de la banda no salen de la clase —nos recuerda Milton.
- —La señorita Genovese acaba de salir de la clase —le recuerdo.
- —Ella es la *profesora* —Kate suspira en un tono sagrado. En su mundo, los profesores no pueden equivocarse.

Sheena intenta caminar alrededor de Craig, pero él la bloquea. Lo intenta de nuevo, agacha la cabeza y camina con un poco más de determinación, pero Craig la sujeta por la cola de caballo y la arrastra hacia la clase. Algunos de sus idiotas compañeros ríen.

- —Eh, tú —le digo—, déjala ir, válvula de saliva andante.
 - —Es su problema —sisea Kate—. No te metas.





 \bigoplus



Sé que no debería intervenir, en un nivel de supervivencia básica. Que es quizá lo más asqueroso de todo.

—Eh, Sheena —dice Craig—. Ya que estás tan bien vestida y no tienes adónde ir, ¿quieres bailar?

Él asiente hacia sus amigos, y algunos de los chicos de la banda comienzan a tocar descuidadamente. Sheena salta a una silla para evitar ser parte de su estúpida broma, pero Craig se pone entonces de rodillas frente a ella, como si le estuviera dedicando una serenata, lo que hace que ella se ponga roja... de ira. Salta de la silla para intentar llegar hasta la puerta. Craig la toma entonces del brazo y la hace girar en una parodia de un movimiento de baile. Un par de los tipos grandes y fornidos de percusiones deciden unirse a Craig y comienzan a girar frente a las puertas dobles, de manera que Sheena no pueda salir del aula. Bailan frente a ella, girando y meneando sus traseros, y luego dan la vuelta y empujan sus caderas hacia delante para mover sus... otras cositas.

En caso de que no lo sepas: los chicos de la banda pueden ser sorprendentemente impúdicos. Cuando la señorita Genovese regresa, la clase es como un rodeo mezclado con un cabaret, y apenas consigue controlarnos y recuperar las riendas.

—Está bien —cruza sus delgados bracitos—. ¿Quién ha comenzado todo esto?

Estoy a punto de señalar a Craig Whitestone, pero Kate me sostiene el dedo. Al menos la mitad de la clase apunta a Sheena.

—Señorita Rollins —dice la señorita Genovese con algunos cacareos secos—. Se quedará castigada después de las clases. En el primer día. Impresionante, de verdad.

Sheena se deja caer en su silla. Parece lista para romper su oboe en pedazos y salir del aula. Pero no lo hace. Se queda



porque tiene que hacerlo, y todo el mundo hace de su vida un infierno porque... bueno, porque así es la escuela.

La mayor parte del tormento de Sheena provenía exclusivamente de los chicos populares hace unos años. Pero he notado que en el instituto este tipo de comportamiento se está extendiendo a todo el estudiantado: mejoran y mejoran de manera colectiva para hacer la vida miserable a los estudiantes que no encajan.

Tal vez haya visto demasiadas películas de terror con Dash, pero la verdad parece bastante clara.

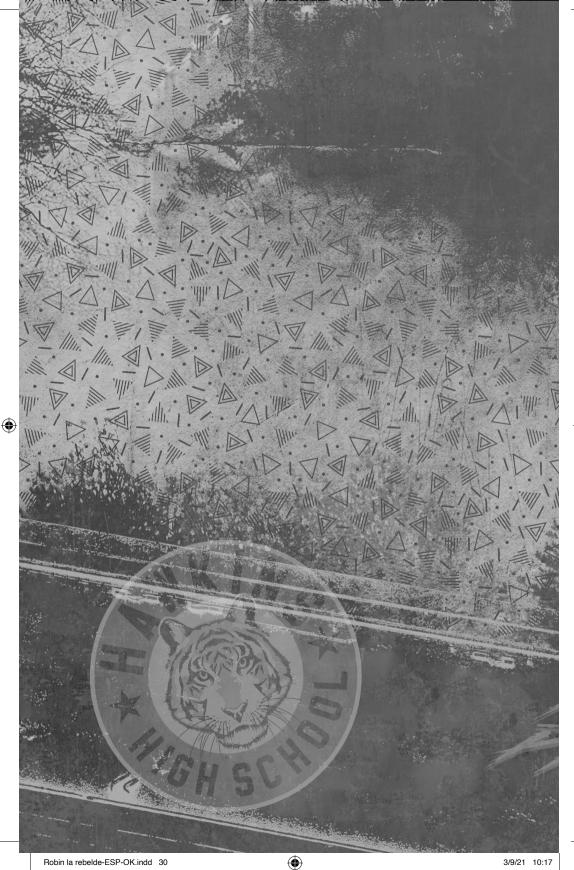
El instituto es un monstruo y está devorando a todos los que conozco.











lacksquare

CAPÍTULO TRES

9 DE SEPTIEMBRE DE 1983

Cuanto más miro, más veo la naturaleza monstruosa del instituto. Específicamente, en Hawkins. Aquí está el paradójico problema: o caes en la trampa mortal de tratar de ser como el resto, o te devoran por ser diferente.

Dos días después de que Sheena intentó salir del aula de la banda, la veo frente a su casillero. A menudo, de su casillero caen en cascada objetos que los otros estudiantes introducen a través de las ranuras del metal: purpurina blanca, notas desagradables, condones.

Hoy, ella está ahí de pie, parpadeando ante sus libros de texto, negando con la cabeza. Intenta abrir uno, pero no puede. Un imbécil los llevó a la clase de ebanistería, los cortó por la mitad y volvió a pegarlos.

- —¿Quién tiene tiempo para hacer algo así? —murmuro. Luego, me apresuro a ayudarla.
- —Sheena... —digo, pero ella no me escucha o no quiere mi lástima. Anda rápido hacia el otro extremo del pasillo, donde arroja sus libros de texto a la basura.

Una profesora la sorprende y la detiene por arruinar propiedad de la escuela.



Esa profesora, la señorita Garvey, la acompaña a la oficina del director, pone una mano en el hombro de Sheena y dice con su voz más suave:

—Este tipo de cosas no sucederían si te esforzaras un *po-quitín* en que los otros estudiantes te entendieran, Sheena.

Estoy a punto de vomitar en los zapatos de la señorita Garvey.

Pienso en ir directamente a la oficina del director y contarle todo lo que acabo de ver. Pero ¿le importaría? ¿O terminaría yo castigada junto a Sheena por señalar que esta escuela está plagada de delincuentes? La respuesta es obvia, así que en lugar de luchar contra el monstruo de muchas cabezas que es el Instituto Hawkins, me largo.

No hay ensayo de campo los viernes y nuestro primer partido de la temporada será la próxima semana. Un segundo después de que suena la última campana, ya estoy sacando mi bicicleta del estacionamiento especial. Antes era de mamá. Está cubierta con sus viejas calcomanías de flores y el manillar termina en los tristes y regordetes restos de serpentinas que intenté arrancar cuando tenía trece años. No tiene cambios, y todos los días tiene que codearse con un montón de brillantes Huffy y Schwinn de diez velocidades. Me subo al asiento tipo banana (¡auch!, siempre que me siento) y me alejo rápidamente.

Montar sola en mi bicicleta por ahí es la mejor sensación del mundo. Como beneficio adicional, la brisa hace que mi cabello se mueva detrás de mí y dejo de oler mi permanente. Manzana tras manzana, la acera traquetea bajo mis llantas. Los árboles son de un verde intenso y las casas de un blanco almidonado.

Mientras avanzo en la bicicleta por un tramo liso de acera, cojo mi Walkman y lo enciendo. No necesito revisar lo que tengo puesto, siempre tengo mis cintas de idiomas.







Cinta de Francés 2, cara A1, "Clima", clic.

—*Le temps* —dice una mujer con su voz muy suave y muy francesa.

- —Le temps —murmuro.
- —La tempête.
- —La tempête.
- —La brise.
- —La brise.

Estoy alcanzando buen ritmo cuando un coche pasa a toda velocidad, lejos del instituto, y me toca la bocina, así que salgo del momento con un sobresalto y casi termino en el pavimento. Llevo una mano a mi Walkman. Está bien. Pero fácilmente podría haberse caído y hecho añicos, y ya no tendría manera de escuchar las cintas de idiomas que rogué a mis padres que me compraran en segundo de E.S.O. (después de ver un publirreportaje, nada menos).

Conduzco como una experta, quito las manos del manillar y exhibo ambos dedos corazón levantados al aire, con una sonrisa.

- —¡Ahógate en gasolina! —grito.
- —¡Muérete, perdedora! —grita alguien en respuesta.
- —Qué poca imaginación —empujo hacia abajo mis pedales y me pongo de pie para gritar, antes de que queden fuera de mi alcance—. ¡Necesitan que alguien les enseñe a responder mejor!

No sé quién está conduciendo. Probablemente ellos tampoco vieron quién era yo; el mero hecho de que estén en un automóvil y yo en una bicicleta vieja es suficiente. Dinámica de poder establecida. Perdida, al parecer. Pero en realidad no se trata de ganadores y perdedores. *Todos* vivimos en un pequeño pueblo de Indiana. No hay nada grande ni brillante que







ganar. Creo que la gente lo sabe, aunque no quiera admitirlo. Esto significa que escupir a la gente (literal o metafóricamente) es sólo otra forma de pasar el tiempo. Estoy absolutamente convencida de que mis dedos corazón se ejercitarían menos si viviéramos en un lugar donde tuviéramos cosas que hacer, cosas que importaran. Pero vivo en Hawkins. Si me quedo aquí el tiempo suficiente, me convertiré en la Jane Fonda de los dedos corazón.

Mis manos regresan al manillar. Agrego algunos repiqueteos de mi timbre de metal por si acaso el idiota que pasó a mi lado todavía me está prestando atención.

Sigo pedaleando hacia las afueras del pueblo, donde hay más nubes que coches. El día es prístino, pero tomar el camino largo, más allá de los campos y alrededor de la presa, está empezando a volverse contra mí. Me da tiempo para pensar en cómo el espectáculo de terror de un chico popular en ese coche es sólo una de las muchas garras del monstruo. Su alcance va mucho más allá de la propia escuela. Y eso significa que nunca podré escapar de él. No mientras viva aquí.

Sin embargo, no hay nada que pueda hacer al respecto. Estoy atrapada en un pueblo tan normal que, de hecho, duele. Un pueblo donde a lo *normal* le han crecido dientes.

Para cuando llego a casa, estoy lista para dejar salir algo de esta frustración. Cojo la llave de repuesto de su escondite, debajo de una jardinera, y al momento de entrar, ya estoy gritando:

—¡No puedo creer que hayáis elegido vivir aquí por gusto! Mamá está bailando alrededor de la sala con un suéter de ganchillo que termina cerca de su ombligo, ajustado sobre un vestido largo y vaporoso. Tiene los ojos cerrados, chasquea los dedos. La mayoría de las veces, cuando llego a casa, ella





34



todavía está en el trabajo y me recibe siempre la casa vacía, pero hoy he llegado temprano.

—¿No te lo vas a creer, cariño?

Un disco gira sobre la base de madera tallada, dejando escapar los predecibles sonidos de una voz quejumbrosa que insiste en que si alguien no los ama ahora, nunca más volverá a amarlos. Mamá está drogada a las cuatro de la tarde, escuchando a Fleetwood Mac.

- —No puedo creer que hayáis elegido vivir aquí —digo.
- —Esas palabras son tan mordaces, Robin —dice en un tono de susurro—. ¿Puedes empezar de nuevo desde un lugar de paz?

Cuando comienza a hablar con mantras, sé que no obtendré respuesta.

Por lo general, entierro este tema bajo la alfombra, me busco un bocadillo y voy a mi habitación a hacer mi tarea, para trabajar en lo que realmente me gusta: los idiomas. Hasta ahora estoy estudiando cuatro (inglés, español, francés, italiano) y quiero dominar cada uno de ellos antes de comenzar con otro.

Pero algo sobre considerar el resto del segundo año está empezando a alterar mi cabeza y la rutina normal no funcionará. Me acerco al tocadiscos y bajo el volumen. Mamá abre los ojos de súbito; no le gusta que nadie toque sus discos. Le preocupa tanto que se rayen como a otras personas les preocuparía herir los sentimientos de un amigo.

- —¿Sabías que crearon esta canción uniendo piezas de otras canciones? —pregunta en un estado de ensueño, hiperdeslumbrada. Uno imaginaría que Fleetwood Mac solo y sin ayuda (¿quíntuplemente solos?) logró la paz mundial.
- —¿Sabes que tienen dos álbumes nuevos después de *Rumours*?



 \bigoplus



—Ninguno es tan bueno como éste —dice—. Robin, cariño, sabes lo que siento con respecto a esto. La gente está obsesionada con lo *nuevo*.

De verdad, sé de lo que está hablando. Todos en el instituto devoran las nuevas modas, las nuevas tendencias, la nueva tecnología. Milton colecciona obsesivamente cualquier cosa que pueda reproducir música New Wave, desde un sintetizador hasta cartuchos de ocho pistas. Dash tiene una docena de suéteres grises con cuello en V que jura que son de diferentes marcas, a pesar de que le quedan exactamente igual en su cuerpo delgado, y tiene un típico par de Sperry Top-Siders para cada día de la semana. A Kate sólo se le permite tener cosas que pueda ponerse para ir a la iglesia, lo que significa que ha gastado los últimos cinco años de su asignación en un guardarropa secreto que mantiene en su casillero del gimnasio de la escuela. En este momento está coleccionando cintas de encaje para la cabeza caras, porque quiere parecerse a una nueva cantante de pop con un nombre severamente católico.

Pero el Escuadrón Peculiar es un ejemplo bastante soso, en realidad. Tam y sus amigas parecen estrenar un pintalabios o un tono de delineador de ojos distinto todos los días. Y no me des un megáfono ni me preguntes cuánto debe gastar Steve Harrington en productos para el cabello y gafas de sol, porque la gente en Michigan se enterará de todo.

Se supone que todo en nuestras vidas debe ser brillante, de una gran tienda o asquerosamente caro. Estos elementos son la Santísima Trinidad. Otra cosa en la que el monstruo del instituto es bueno: un consumo constante y cada vez más acelerado. Ni siquiera intento seguir el ritmo. Me encantan los libros de bolsillo maltratados que encuentro en la venta de libros de la biblioteca. Las únicas piezas de tecnología que







poseo son un Walkman barato para escuchar mis cintas de idiomas y una cámara Polaroid que Kate me regaló por mi cumpleaños la primavera pasada (y sospecho que era su modelo viejo, porque ella tenía una ocho milímetros más nueva y brillante). La mayor parte de mi ropa es vintage o heredada de varios "primos". (No son mis primos en realidad, sino los hijos de los amigos hippies de papá y mamá. Y tienen muchos hijos.)

Estoy de acuerdo con mamá en esto.

Pero ese argumento tiene otra cara.

—Tú y papá estáis demasiado interesados en las cosas *viejas*. Si algo se hizo en los años sesenta, de inmediato piensas que es sagrado. Sabes que no puedes adorar el macramé y las lámparas de lava, ¿verdad?

Mamá se cruza de brazos y me mira con los ojos entrecerrados, su estado genial se ve interrumpido por completo.

- —En serio, ¿cómo terminaron dos absolutos hijos de las flores varados en Hawkins, Indiana? —pregunto, dejándome caer en la alfombra y metiendo los pies debajo de mí. Es una batalla de la progenie contra los padres, y me quedaré aquí hasta que me cuente la verdad.
 - —¿De verdad necesitas saberlo? —pregunta mamá.
 - —De verdad.

No hago muchas preguntas a mamá y papá o, si las formulo, suelen ser retóricas. No exijo respuestas. Siempre he sido una "niña fácil", como me llama mamá: fluyo con las cosas y nunca me meto en problemas. Quizá sea la novedad de este momento lo que la hace sospechar, o tal vez simplemente no le gusta hablar de su pasado, a menos que sea en sus propios términos.

—¿Para qué?



 \bigoplus



—Un proyecto de la escuela —digo, encogiéndome de hombros—. Sobre nuestros orígenes.

Soy buena para reaccionar rápido. ¿Ya lo había mencionado? Mamá ríe y hace girar sus brazaletes al ritmo del arrullo agudo de "You Make Loving Fun".

—Tu origen fue en la parte trasera de una furgoneta Volkswagen después de una noche particularmente mágica en la costa de Oregón...

Me cubro los oídos con las manos, me incorporo de un salto y me aparto de esta situación descaradamente inaceptable.

En mi habitación, me coloco los auriculares metálicos y vuelvo a encender el Walkman. Retoma la cinta de Francés 2, cara A, "Saludos y despedidas", pero el tono suave y monótono de la voz de la mujer que dice "Bonjour! Salut! Coucou! Allô? Au revoir! Je suis désolée, mais je dois y aller" no me viene bien en este momento.

Recurro a mi limitada selección de música verdadera y pongo el disco de Stevie Nicks, *Bella Donna*, para competir con el eterno Fleetwood Mac de mamá. Es apenas un pequeño acto de rebeldía, pero alivia la picazón. Paso directamente a la apertura superdramática de "*Edge of Seventeen*". La música se derrama sobre mí mientras me arrojo sobre la alfombra.

Miro fijamente el techo.

El techo me mira fijamente.

Estoy aquí atrapada, definitivamente atrapada, y no sé qué hacer. Stevie Nicks, a su manera ominosa, me recuerda que ni siquiera estoy *cerca* de los diecisiete. Hay una especie de esperanza en los diecisiete, una promesa de aventura con la que sólo puedo soñar. Más allá de eso, los dieciocho están esperando. Y la libertad. Y el resto de mi vida.

Sólo tengo quince años y medio.

Nadie escribe canciones sobre eso.

